

Dinosaurio enamorado

Hace millones de años, en plena selva jurásica, un dinosaurio cachondo se acercó a su pareja y le susurró al oído que estaba muriéndose de amor y de deseo.

—Ahora no se puede —dijo ella—, lo siento mucho, pero es que estoy en mi milenio.

Otto-Raúl González en, *Lecturas vertiginosas*, antología de cuentos mínimos.

La oveja negra

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Augusto Monterroso en, *La oveja negra y otras fabúlas*.

La alfombra

El niño había puesto una gran caja en medio de la habitación y desde hacía unas horas navegaba así, bogando en el vacío, escrutando el horizonte perdido en el muro, con la alfombra simulando el océano y la caja un enorme velero.

Como siempre, el padre llegó del trabajo a las seis.

Entró en el salón, tuvo tiempo de desaprobar la idea de su hijo, pisó en ese momento el borde de la alfombra, dio un paso más y se hundió y murió ahogado

Jacques Sternberg

Tomado de: *El Semanario*, suplemento cultural del periódico *Novedades*, número 54, 27 de abril de 1983.

El espejo chino

El espejo es a menudo accesorio del sueño.

Un campesino chino se fue a la ciudad para vender su arroz. Su mujer le dijo:

—Por favor, tráeme un peine.

En la ciudad, vendió su arroz y bebió con unos compañeros. En el momento de regresar, se acordó de su mujer. Ella le había pedido algo, pero ¿qué? No podía recordarlo. Compró un espejo en una tienda para mujeres y regresó al pueblo.

Entregó el espejo a su mujer y salió de la habitación para volver a los campos. Su mujer se miró en el espejo y se echó a llorar. Su madre, que la vio llorando, le preguntó la razón de aquellas lágrimas.

La mujer le dio el espejo diciéndole:

—Mi marido ha traído a otra mujer.

La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:

—No tienes de qué preocuparte, es muy vieja.

Tomado de: El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

Doctor Frankenstein

Hace unas semanas le envié una carta a un tipo en la que le acusaba de comer niños. Todo me lo inventé: la ciudad a la que iba dirigida, la calle, el número, el nombre del tipo..., todo excepto el remitente.

Hoy he recibido contestación. Tengo miedo de abrir el sobre. De haber creado un monstruo.

Jesús Bernabéu

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 566, 29 de septiembre de 2002.

La sospecha

Un hombre perdió su hacha; y sospechó del hijo de su vecino. Observó la manera de caminar del muchacho —exactamente como un ladrón—. Observó la expresión del joven —idéntica a la de un ladrón—. Observó su forma de hablar —igual a la de un ladrón—. En fin, todos sus gestos y acciones lo denunciaban culpable de hurto.

Más tarde el hombre encontró su hacha en un valle, y cuando volvió a ver al hijo de su vecino todos los gestos y acciones del muchacho le parecieron muy diferentes a los de un ladrón.

Lie Yukou

Tomado de: La largueza del cuento corto chino, Verdealago

El ojo del elefante

Cuenta una historia procedente de Camerún que un elefante cruzaba un río. De repente uno de sus ojos se salió de la cuenca y cayó al fondo del agua.

El elefante, enloquecido, se puso a buscar por todas partes, pero en vano. El ojo parecía a todas luces perdido.

Mientras se agitaba en medio del río, a su alrededor, los animales acuáticos, los peces, las ranas, y también los pájaros y las gacelas que permanecían en la margen, le gritaban:

—¡Cálmate! ¡Tranquilo, elefante! ¡Cálmate!

Pero el elefante no los oía y siguió buscando el ojo, sin encontrarlo.

—¡Tranquilo! —le gritaban— ¡Tranquilo!

Finalmente los oyó, se detuvo y los miró. Entonces el agua del río se llevó suavemente el cieno y el lodo que el elefante había levantado con su movimiento. Entre sus patas vio el ojo en el agua, que se había vuelto clara.

Lo recogió y lo volvió a colocar en su sitio.

Tomado de: El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

Un número equivocado supongo

Ahora que han pasado años me atrevo a contarlo. Regresábamos del entierro de mi madre, un viaje largo, con niños y con el mal sabor de boca de una agria discusión familiar. Después de meter el coche en el garaje, sin deshacer el equipaje, hice lo que siempre hacía cuando volvía de casa, llamar para decir que habíamos llegado bien, sin darme cuenta de que aquella casa estaba ahora vacía.

—Mamá... —dije, y me contestó una voz de mujer que me pareció cálida:

—Sí, dime, hijo.

Caí inmediatamente en la cuenta y colgué. Supongo que me equivoqué de número.

Ramón Martín Hernández

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 555, 13 de julio de 2002.

Un espejo en el desierto

El poeta persa que llamamos Rumi cuenta, en el *Masnavi*, la historia de un hombre de horrible fealdad que atravesó a pie el desierto.

Vio algo que brillaba en la arena. Era un trozo de espejo. El hombre se agachó, cogió el espejo y lo miró. Nunca antes había visto un espejo.

—¡Qué horror! —exclamó—. ¡No me extraña que lo hayan tirado!

Tiró el espejo y prosiguió su camino.

Tomado de: *El círculo de los mentirosos* —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

El olvido

Abel y Caín se encontraron después de la muerte de Abel. Caminaban por el desierto y se reconocieron desde lejos, porque los dos eran muy altos. Los hermanos se sentaron en la tierra, hicieron una fogata y comieron. Guardaban silencio, a la manera de la gente cansada cuando declina el día. En el cielo asomaba alguna estrella que aún no había recibido su nombre a la luz de las llamas, Caín advirtió en la frente de Abel la marca de la piedra y dejó caer el pan que estaba por llevarse a la boca y pidió que le fuera perdonado su crimen.

Abel contestó:

¿Tu me has matado o yo te he matado? Ya no recuerdo; aquí estarnos juntos como antes.

Ahora sé que en verdad me has perdonado –dijo Caín– porque olvidar es perdonar. Yo trataré también de olvidar. Abel dijo despacio:

– Así es. Mientras dura el remordimiento dura la culpa.

Jorge Luis Borges. en, el Libro del cielo y del infierno.

Los dos anillos

Un hombre amaba por igual a dos mujeres. Ellas le pidieron que les dijera cuál de ellas era su favorita. Les pidió que esperaran hasta que él les comunicara su decisión.

Entonces mandó hacer dos anillos exactamente iguales. Y dio un anillo a cada una de ellas por separado.

Entonces las llamó a las dos y les dijo:

“La que tiene el anillo es a la que más amo”.

Traducción de Juan Antonio Ayala.

Tomado de: El Semanario, suplemento cultural del periódico Novedades, número 72, 4 de septiembre de 1983.

Un sueño húmedo

Una breve historia zen nos presenta a un hombre que deseaba ardientemente hacerse rico. Sólo pensaba en el dinero, sólo rezaba por conseguir dinero. Un día de invierno, de regreso del templo, vio un gran monedero apresado en el hielo del camino.

Pensando que sus plegarias habían sido por fin escuchadas, intentó sin éxito coger el monedero. El objeto seguía preso del hielo. Entonces el hombre orinó encima del monedero para fundir el hielo.

Y se despertó en una cama completamente mojada.

Tomado de: El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

El viejo verde

Recuerdo especialmente aquel día porque fue una de las pocas veces que mi madre me dedicó un gesto sincero de agradecimiento. Yo era pequeño y mi madre viuda. Íbamos los dos camino del médico en un autobús repleto de gente, mi madre sujeta a la barra superior y yo agarrado a su falda. De vez en cuando, mi madre movía bruscamente la cadera hacia delante y me estrujaba la cara con sus piernas. Al principio no le presté atención, creía que era por culpa del balanceo del autobús. Pero cuando entre estrujón y estrujón cada vez pasaba menos tiempo aquello empezó a molestarme. Miré hacia arriba, y vi a mi madre con la cara desencajada de ira mirando de reojo a un señor mayor con sombrero que estaba pegado a su espalda. Yo era muy pequeño como para entender lo que es capaz de hacer un viejo desesperado en un autobús lleno de gente, pero lo que sí comprendí es que mi madre estaba pasando un mal rato por culpa de aquel hombre. Le solté una patada en la espinilla y le grité que dejara en paz a mi madre. El autobús entero comenzó a recriminar al viejo, y en la siguiente parada se bajó con la cara y la pierna enrojecidas. Mi madre se agachó, puso su cara a la altura de la mía y me besó la punta de la nariz

Javier Delgado Fernández

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 552, 22 de junio de 2002

Mi vecino es amable

Nutzi Oreva Prim parece que es soltero. Yo le miro y le miro cuando sube la escalera con paso alegre y distraído. Oreva Prim es muy guapo, pero es mayor que yo. Mi madre dice que los hombres mayores siempre quieren aprovecharse. Yo no creo. Oreva Prim me regala chocolates y es muy bueno: también le da miguitas a las palomas. Me dijo que esta tarde subiera a verle porque tiene un libro con estampas y más chocolates. No pienso decirle a mi mamá.

Samuel Fontana

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 554, 8 de julio de 2002

El hermanito

Un día tuve que reprender a mi hijo pequeño porque desobedeció a su hermano mayor.

— ¿No sabes —le dije— que los hermanos menores están obligados a obedecer a los hermanos mayores?

Y él me contestó:

— ¡Si llego a saberlo, no nazco!

Miguel de Unamuno

Tomado de: El Semanario, suplemento cultural del periódico Novedades, número 65, 17 de julio de 1983

El último pastelito

La historia de esta pareja golosa es de origen coreano

En un pueblo había una pareja golosa. Todo su placer era la comida. un vecino les regaló pastelitos de arroz, que se comieron con deleite. Al final, cuando sólo quedó un pastelito que los dos deseaban, el hombre le dijo a su mujer:

—Te propongo una apuesta.

— ¿Cuál?

—El primero que hable le dará el pastelito al otro.

—De acuerdo —dijo la mujer.

Se sentaron el uno frente al otro, separados por el único pastelito, e iniciaron su silencio.

Tras una veintena de silenciosos minutos, un ladrón entró en la casa. Se encontró con la pareja muda, les hizo algunas preguntas y no obtuvo respuesta alguna. Cogió algunos objetos y los metió en su saco. Siguieron sin pronunciar palabra.

El ladrón cogió todo lo que pudo. Antes de salir, incluso decidió llevarse a la mujer. El marido seguía sin decir nada y mantenía la mirada clavada en la boca de la mujer, que se debatía en los brazos del ladrón.

Se trataba de un ladrón robusto. En el momento en que atravesaba la puerta llevándose a la joven, ésta incapaz de aguantar más tiempo, gritó:

— ¿Me dejarás marchar con este ladrón sin decir nada? ¿No vas a decir nada?

Entonces el marido, con la boca muy abierta, cogió rápidamente el pastelito y gritó:

— ¡Es para mí!

Tomado de: El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

Hermanos

Hasta los trece años mojaba la cama casi todas las noches. Cuando ocurría, despertaba a mi hermano, que siempre me hacía un hueco en su cama caliente. El pijama húmedo lo colocábamos al fondo, entre los pies, para que estuviera seco al levantarnos. Fue nuestro gran secreto, jamás se lo contó a nadie.

Mercedes Fullea

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 552, 22 de junio de 2002.

El pollito amarillo

Mi mamá me regaña porque me paso muchas horas con el lápiz en la mano, y “hago caras feas” y gasto hojas. y mi mamá dice que del dibujo no se come. Pero yo sé que mi mamá lo dice de broma, porque el día de mi cumple me regaló una caja llena de lápices de todos los colores. Y lo sé porque fue ella la que me enseñó a dibujar pollitos amarillos de pico anaranjado. Y cuando sea mayor, y sea famoso, y gane mucho dinero dibujando, y la gente me pregunte “¿dónde aprendiste a dibujar tan bien?”, les diré: “Me enseñó mi mamá”.

Uxío Broullón

La llave

Cuando mi padre volvía del trabajo, solíamos estar viendo la tele. Al oír la llave en la puerta, yo me marchaba a la cama, mi hermano se iba al baño para lavarse los dientes, y mi madre, que canturreaba mientras preparaba la cena, callaba.

María Rey

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 555, 13 de julio de 2002.

Mamá

El día en que se fue la luz, todo se quedó parado de repente. La música, la tele y el ordenador dejaron de funcionar al mismo tiempo, y todas las bombillas se apagaron. La luna se filtraba a través de las persianas, y yo llamé a mi madre: ¡mamá! ¡mamá! Como no me contestaba fui en su busca. A tientas salí del dormitorio y recorrí el oscuro pasillo. Ella debía de andar en la cocina. Pensé que podría estar muerta de miedo, por eso comencé a hablarle en voz alta: mamá, ¿estás ahí?, ¿dónde estás?, ¿qué estás haciendo? Giré el picaporte de la puerta y penetré en la cocina. La luna iluminaba con su magia pálida el suelo de terrazo. Mi madre estaba allí, de espaldas: mamá, mamaíta, le dije. Pero ella no podía oírme, ni moverse, ni contestarme. Estaba paralizada, rígida como una inmensa muñeca de carne envejecida. Me acerqué a ella, me puse delante de sus ojos, me abracé a sus piernas: ¡mamá!, ¡mamá!, grité. Y entonces volvió la luz y todo se puso en marcha.

Carlos Rodríguez Blanco

Tomado de: Babelia, suplemento cultural del periódico El País, número 549, 1 de junio de 2002.

La paciencia

Saadi, el poeta persa, cuenta otro aprendizaje.

Un hombre, de intachable reputación, tenía un criado de rostro atroz y carácter imposible. No podía recibir una orden sin ponerse de inmediato hecho una furia, se sentaba de forma grosera a la mesa, servía mal, empujaba a los individuos y dejaba a su patrón sediento. Todas las reprimendas lo dejaban indiferente y no hacían más que agravar el desorden y la negligencia de su servicio. Por la noche la casa retumbaba con el ruido de sus pasos, de la vajilla que rompía. Incluso echaba gallinas a los pozos y colocaba matorrales espinosos en el camino por donde tenía que pasar el patrón. No se podía contar con él para nada.

Unos amigos del patrón le aconsejaron que se deshiciese de aquel fastidioso criado y que cogiese a otro.

—Pero ¿por qué? —protestó el patrón sonriendo—. Le estoy muy agradecido a mi criado porque me ha hecho mejor. Sí, me ha enseñado la paciencia, y cada día que pasa me la sigue enseñando. Y ese don me permite soportar las otras dificultades de la vida.

Tomado de: El círculo de los mentirosos —Cuentos filosóficos del mundo entero— de Jean Claude Carrière

La ayuda de una anciana

Una mujer perdió un trozo de carne. Sospechó que lo había robado su nuera, y la corrió de la casa. La muchacha fue a ver a una amiga anciana y le contó las consecuencias de la injusta sospecha. La anciana le dijo: “Yo conseguiré que tu suegra cambie de parecer”. Tomó un haz de paja y se dirigió a la casa de la suegra, y al encontrarla le dijo: “Mis perros se están peleando por un trozo de carne. ¿Serías tan amable de proporcionarme fuego para separarlos?”. Inmediatamente después, la suegra mandó llamar a su nuera.

Han Ying (Siglo III a. C.)

Tomado de: La largueza del cuento corto chino, Verdealago

El burro y la flauta

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta.

Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho durante su triste existencia

Augusto Monterroso en, Minificción mexicana. UNAM

La segunda moneda

Un transeúnte preguntó la razón de su congoja a un niño que lloraba amargamente.

—Había logrado reunir dos monedas para ir al cine, pero vino ese chico y me arrebató una —explicó el niño, señalando a un muchacho que se hallaba no lejos de allí.

—¿Y no pediste auxilio?

—Claro que sí —respondió el niño, sollozando más intensamente.

—¿Y nadie te oyó? —preguntó el hombre, acariciando tiernamente al niño.

—No —sollozó el niño.

— ¿Es que no sabes gritar más fuerte? —Preguntó el hombre—. En ese caso, dame la otra moneda.

Y, tras quitarle la otra moneda al niño, el hombre continuó confiadamente su camino.

Bertolt Brecht

Tomado de: El Semanario, suplemento cultural del periódico Novedades, número 75, 25 de septiembre de 1983.